

ta. « ¿Conoceis otra cosa más propia de un rey que estas palabras?

#### 14 DE NOVIEMBRE.

San Lorenzo.—El Sacro Catino.—El Disco.—Villa Negroni.—Palacio ducal y Sarra.—Costumbres italianas.—El ventarrón de los muertos.

Era el domingo; nos dirijimos á buena hora á la catedral, donde deseaba yo celebrar los santos misterios. La fachada y el coro son de mármol blanco y negro; encima de la gran puerta está un bajo relieve que representa el martirio de san Lorenzo. Es una elocuente predicación, así para el sacerdote que va á ofrecer el augusto sacrificio, como para los fieles que asisten á él: diez y seis columnas de orden compuesto de mármol blanco y negro de Paros, adornan la gran nave. La vista se deslumbra con las riquezas de todo jénero que decoran las diferentes partes de aquel majestuoso edificio; pero un espectáculo más agradable llamó mi atención: una multitud de hombres y mujeres de todas clases, oraba arrodillada y recojida en la nave y en las capillas, rodeaba la mesa santa á donde iban despues de los tribunales sagrados. Entré á la sacristía y presenté mi pajella 1, y al punto me fué concedido el permiso de decir la misa.

En el tesoro de san Lorenzo, se conservan dos monumentos de lo más precioso que se conoce; el primero es un vaso de esmeralda conocido en toda la cristiandad bajo el nombre de *sacro catino*, hallado en la toma de Cesarea en Palestina. Una venerable tradición pretende que este vaso sirvió á Nuestro Señor para comer el cordero pascual con sus discípulos. El tama-

1 Nombre que se da en Italia á las letras episcopales que autorizan al sacerdote para decir misa.

ño de este vaso es de cuarenta centímetros, su circunferencia tiene poco más de un metro; es exágono en la forma y está adornado de dos asas, de las cuales una está bruñida y la otra bosquejada; el segundo es un plato de ágata, con la representación de la cabeza de san Juan Bautista. Una viva emoción se deja sentir, cuando al mirarlo se piensa en que es el mismo en que le fué llevada á la impúdica Herodías la cabeza del santo Precursor. A fin de alimentar en la mujer el doble sentimiento de la humildad y del reconocimiento, el cristianismo, que ha hecho todo por ella, no se olvida de recordarle de vez en cuando sus iniquidades; así es que en castigo del crimen de Herodías, la capilla de san Juan Bautista en san Lorenzo de Génova, está cerrada para todas las personas del sexo.

Antes de volver al hotel, visitamos la *villa Negroni*, doblemente interesante por su situación que permite gozar del panorama de Génova, y por su colección de antigüedades cuyo propietario en persona, hace los honores á los extranjeros. No obstante, esta *villa*, no lo olvideis, ofrece un interés muy secundario. El palacio ducal, antigua residencia de los dux, con sus imponentes recuerdos, con su fachada adornada de cornizas y balaustradas de mármol, con sus grandes bóvedas y su techumbre sin maderamen ni fierro: el palacio *Sarra* en la *vía Nuova*, con su salón, uno de los más bellos que hay en Italia, por la elegancia de sus proporciones, la riqueza de sus adornos, su pavimento de mosaico y sus puertas adornadas con lapislazzuli, nos recordaron la Edad Média y nos detuvieron allí hasta las doce.

Como á la una admirábamos en la iglesia de *san Ambrosio*, la *Circuncisión de Nuestro Señor* por Rubens, y la *Asunción de la Santísima Virgen* por Guide, y por fin, á san Ignacio librando á un po-

seido y resucitando á los niños, bella y notable composición de Rubens. Sería largo y tal vez fastidioso pasar revista á los cuadros notables que decoran las diferentes iglesias de Génova. A vista de las multiplicadas obras del jenio moderno, comprende el viajero que ha entrado en el país de las artes, y el observador comienza los estudios que deben formar su juicio sobre el espíritu y los efectos del *renacimiento*. Puede también recojer preciosos datos sobre las costumbres de las poblaciones italianas, apreciadas de diversos modos.

Con este objeto, fuimos á la bella iglesia de la *Annunziata*, en donde reside un religioso frances. El padre G. . . ., hombre de edad madura, dotado de un notable talento de observación, radicado en Génova hacia doce años y muy ocupado en el ministerio de las almas, estaba en condiciones muy favorables para instruirnos. Pues bien, de sus conversaciones íntimas, resulta para nosotros que, bajo el aspecto moral, la Italia considerada *en las masas, es, salvo algunas diferencias, la Edad Média en el siglo decimonono*. Allí se encuentran todavía en todo su vigor, los dos principios que desde la caída original se combaten en el seno de la humanidad. La victoria es ya de uno, ya de otro; pero en medio de las ruinas de la virtud, la fé permanece en pié. Y, esta fé saludable, cura tarde ó temprano las heridas del corazón, y pone las armas en manos del vencido, casi siempre victorioso en el último combate. En cuanto á las *clases elevadas*, sufren más ó ménos la influencia de lo que se llama más allá de los montes, las ideas francesas. Pruebas de todo jénero se ofrecen en apoyo de esta doble observación; y puedo decir que se las encuentra en los diferentes puntos de Italia, desde Génova hasta Nápoles.

Apénas habian pasado cuarenta y ocho

horas de nuestra salida de Francia, y nos parecia, al escuchar los datos que nos suministraba el excelente religioso, haber retrogradado cinco siglos, y hallarnos en los tiempos de los Pablo de Laraze y de Guillermo de Aquitania. Nos paseábamos con él en la vasta sacristía que separa la iglesia del convento. Mirad, nos decia, aquella puerta excusada que da á la calle; todos los dias está abierta hasta las diez de la noche. Cuando se va la luz, los numerosos confesonarios que veis aquí, se ocupan por nuestros sacerdotes, y los hombres vienen á buscarlos. ¿Creereis que nos llegan algunas veces bandidos acosados por el remordimiento, y cuya cabeza está á precio? Durante las tinieblas, bajan de las montañas y vienen á buscar aquí algunos consuelos. Dios solo conoce todos los desórdenes que impedimos y que hacemos reparar.

Como nuestro convento, el de los capuchinos queda abierto toda la noche; y los buenos padres os dirán, como yo, que en ese tiempo se cumplen en el santo tribunal inefables misterios de arrepentimiento y misericordia. Hé ahí al hombre con su doble tendencia: por un lado las inclinaciones viciosas que heredó de Adán, y por otra la fuerza de resistencia depositada en su alma por la gracia del segundo Adán. Ahora, mientras dura la lucha, la acción del cristianismo se deja sentir, la fé vive, y la esperanza permanece. Pero los italianos cometen el mal, me direis.—Bien, pero ¿bajo qué clima los hijos de Eva son impecables? Se pecaba en la Edad Média, se pecaba también en los primeros siglos de la Iglesia, pero en jeneral no se podía vivir con remordimiento. Tal es todavía, salvo excepciones, el pueblo de la península.—Se arrepiente, se confiesa, añadid aún, se reincide. En los países en que no se arrepienten ó en que no se confiesan, ¿están los hombres confirmados en la gra-

cia? ¿viven como los ángeles? ¿mueren como los santos? Más tarde estudiaremos ciertas estadísticas, y sabremos á que atenernos.

Al acabar nuestra conversacion se dejó oír un gran ruido en una escalera vecina. «Hé aquí que llegan, dice el padre, nuestros jóvenes, es la hora de la dominica.» En efecto, lo más florido de la juventud, formada en piadosa asociacion, se reúne cada domingo para asistir á las prácticas sagradas, ejercitarse en la caridad y poner bajo la doble ejida de la oracion y de la palabra divina á la más delicada de las virtudes. Despues de habernos despedido de nuestro amable compatriota, que debia por sí mismo presidir la interesante asamblea, nos volvimos al hotel; eran ya las cuatro.

La reunion de los jóvenes genoveses nos trajo á la memoria otra muy querida de nuestro corazon, y que tenia lugar en Francia á la misma hora. El pensamiento de que allí se oraba por los viajeros, nos vino como un suave perfume; y quién sabe si al piadoso recuerdo de aquellas almas fervientes debíamos tal vez encontrarnos al abrigo de la horrible tempestad que agitaba á nuestra vista el golfo de Génova. Desde el balcon abrazábamos con una mirada la vasta extension de las olas. El tiempo era frio, el viento violento, y el horizonte estaba cubierto de sombrías nubes. Los relámpagos se sucedian con rapidez, y el ruido del trueno, repetido por los ecos de las montañas, se prolongaba como rodando majestuosamente, perdiéndose en el profundo valle de la Polcevera. El mar mujía á lo léjos, y las olas que venian á estrellarse con violencia contra las rocas, rebotaban espumosas á más de veinticinco piés sobre el muelle. Los navíos ajitados inclinaban sus mástiles en todos sentidos; todos los marinós estaban á bordo, cargando las velas, arrojando nuevas anclas y

cerrando las escotillas; una muchedumbre inquieta se aijtaba en el muelle; pasaba entónces *El ventarron de los muertos*. La tormenta duró más de dos horas; pero gracias á la actividad de los tripulantes, nada siniestro tuvo que deplorarse. Felices con haber desembarcado en Génova, habíamos podido gozar con esto del imponente espectáculo de una tempestad; miéntras los pasajeros que la víspera habian continuado su camino sobre *El Lombardo*, fueron detenidos seis dias en el mar expuestos á perecer.

#### 15 DE NOVIEMBRE.

Hospital jeneral.—Cámara de Santa Catarina de Génova.—Iglesia de Santa María-di-Carignano.—Salida de Génova—Novi.

Como en todas las grandes ciudades, se encuentran en Génova muchos pobres. Su miseria contrasta penosamente con la extrema opulencia de los ricos. Las fortunas de cien mil francos de renta no son raras en la patria de los Doria. Esta riqueza viene en jeneral del antiguo comercio de la república y tambien del comercio moderno: los genoveses están todavía con sus navíos en todas las escalas del Levante. Pero en Génova, como en las ciudades católicas, la caridad se esfuerza en llenar la distancia que separa los dos extremos, de suerte que la abundancia de los unos suple á la indijencia de los otros.

A las diez entrábamos al hospital jeneral, magnífico edificio que puede llamarse justamente *palacio real de la Caridad*. No sé si se puede ver algo más imponente; la grande escalera, los pasamanos, el pavimento de las inmensas salas, todo de mármol blanco de Carrara, de un grano finísimo y de una pureza notable. Allí, son atendidos, alimentados, velados dia y noche por *ánjeles* venidos de Francia, mu-

chos millares de enfermos, desde la cuna hasta la tumba. En medio de la sala principal está un aposento de vidrios: es la morada del buen padre. Digno hijo de san Francisco, anciano de barba blanca, está allí noche y dia, como el centinela en su puesto, leyendo, escribiendo, siempre en oracion, pronto á recibir y consolar á aquellos *que entran y que salen de este reino de dolores*. El hospital educa á sus expensas mil niñas expósitas. Hasta la edad de doce años viven en el campo: al fin de este plazo, si las nodrizas no quieren seguir ya teniéndolas bajo su cuidado, entran al *albergo* de los pobres, en donde pasan algun tiempo, volviendo despues al hospital jeneral, que se encarga de ellas durante el resto de su vida. La caridad, única capaz de concebir el bien en tan vasta escala, encuentra en sus inagotables recursos el medio de llevarlo á cabo. El hospital jeneral se mantiene con las fundaciones de los nobles genoveses; cada bienhechor está representado allí de una manera diferente, segun la magnitud de sus donativos. Méenos de cien mil francos dan derecho á una inscripcion; para tener una estatua de pié es necesario haber dado por lo ménos cien mil francos; y por una estatua que los represente sentados más de cien mil.

Esta larga fila de estatuas de mármol blanco, colocadas en nichos practicados encima de las camas de los enfermos, no sólo da un buen golpe de vista, sino que despierta en el alma un delicioso sentimiento. El paganismo colocaba á sus grandes hombres en los baños y en los anfiteatros, para presidir los placeres y la crueldad; el cristianismo coloca las imágenes de los suyos en el asilo de la pobreza y del dolor. ¿No es una idea conmovedora acercar así la riqueza que protege y da, junto á la pobreza que recibe y bendice? Y qué bien interpreta la palabra tan eminentemente social del divino Legislador: «*Todos sois*

*hermanos; se conocerá que sois mis hijos, si os amáis los unos á los otros.*»

No hablo de la limpieza que reina en este bello establecimiento: es exquisita, pero no se admira cuando se han visto ya los hospitales de Francia. Eramos guiados por la superiora, digna hija de san Vicente de Paul, que nos enseñó sucesivamente la botica, el guarda ropa, las salas, con la misma gracia y buen humor con que la dama del mundo hace los honores de su salon. Voy ahora, nos dijo, á enseñaros nuestro tesoro: es la cámara y el cuerpo de santa Catarina de Génova. Siguiendo sus pasos, entramos con respeto á una estrecha celda, con piso de ladrillo, iluminada por una pequeña ventana y cuyas negruzcas paredes están cubiertas de frescos que representan diversas escenas de la passion. Con ávida mirada considera el viajero cristiano las partes de aquel pobre recinto, y el hombre de mundo no puede ménos que exclamar: «¿Y qué, aquí es donde vivió durante treinta años una noble jóven nacida en las gradas del trono, y que contaba en su linaje á todas las glorias humanas; vicarios perpétuos del imperio de Italia, célebres jenerales, muchos cardenales y dos papas, Inocencio IV y Adriano VI! ¿Aquí es donde, al pié de un crucifijo, descansaba durante la noche de las fatigas del dia, y alimentaba aquel celo activo cuyos milagros fueron tan numerosos durante la terrible peste de 1497! ¿Aquí es, por fin, donde murió inundada de castas delicias la heroina de la caridad!» ¿Puede uno admirarse de que un santuario tan lleno de maravillas sea *un tesoro* para las hijas de san Vicente de Paul? De la celda de la Santa, pasamos á la iglesia. Su cuerpo, preservado de la corrupcion de la tumba, descansa en una magnífica urna, colocada sobre el altar mayor.

Los ejemplares de santa Catarina no se han perdido en su patria. Ademas del

hospital, Génova posee un asilo justamente afamado por su magnificencia, bajo el nombre de *Albergo de' Poveri*. Este establecimiento, cuya fundación se remota á 1539, es un taller de trabajo libre, que reúne cerca de 2,000 indijentes sanos y hábiles para trabajar: 500 hombres y 1,500 mujeres. Los pobres que carecen de trabajo están seguros siempre de encontrarlo en el *Albergo*. Se les emplea en tejer lana, algodón, hilo de cáñamo y en fabricar tapices, medias, cinta de seda, etc. La casa suministra los objetos necesarios para su propio consumo y para el de los hospitales y hospicios, así como una parte de los objetos fabricados, y tiene una tienda abierta para la venta de sus productos. La organización, el gobierno, el orden, el espíritu de este precioso establecimiento, ofrecen un objeto de útiles estudios y un hermoso modelo que imitar. Las rentas suben á 300,000 libras, provenientes de la mitad de fundaciones piadosas 1.

Del *Albergo* subimos á la cúpula de Santa María de *Carignano* para gozar del panorama de Génova. A los rayos del sol, que brillaba con todo su esplendor, bajo un cielo sin nubes, la soberbia ciudad se extendía á nuestra vista con todos sus encantos y su magnificencia. Sus grandes edificios y sus palacios de mármol resplandecían como un rocío de diamantes en la cabeza, de una mujer en opinión de todo el mundo; este es un golpe de vista de los más hermosos que se pueden desear. Los cuadros y las estatuas que adornan la iglesia llamaron en seguida nuestra atención. En las cuatro pilastras que sostienen la cúpula, están cuatro estatuas de mármol blanco de cerca de doce pies de altura. Las de san Sebastian y del bienaventurado Alejandro Pauli, son del

1 Véase M. de Gerando, *Traité de la Bienf.* t. III, p. 516—539.

célebre Puget: la primera pasa por una obra maestra.

El museo de Génova conserva una proa de galera romana, la única que se dice que existe.

Como habíamos resuelto visitar rápidamente el centro de Italia, ántes de llegar á Roma tomamos en la noche el camino de Alejandría. Esta ruta está trazada por el fértil valle de *Polcevera*, y deja á la izquierda la villa de San Remo, habitada por la familia *Bresca*, de que hablaré más tarde. Cuatro horas bastan para llegar á *Neví*, pequeña ciudad célebre en el comercio por sus sedas blancas, y en nuestros fastos militares por la batalla en que pereció en el año VII de la república, el joven y brillante jeneral *Jouvert*.

#### 16 DE DICIEMBRE.

Alejandría.—Una hermana gris.—Recuerdo.—Campo de batalla de Marengo.—Voghera.—El Rizzoto á la Milanesa.—Encuentro con un padre capuchino.

Reinaba el más profundo silencio en Alejandría cuando llegamos; eran las tres de la mañana. Nada se parece más á un vasto cementerio, como una ciudad dormida. Había algo de solemne en esa absoluta calma, que apenas se interrumpía por los pasos del centinela que velaba sobre la muralla, ó por el ruido de la puerta al rodar pesadamente sobre sus goznes para dejarnos pasar. Esperando el día y el coche de *Jurin* que debía conducirnos á *Placencia*, vivaqueamos, según la costumbre, en la oficina de los acelerados. En medio de la pieza estaba una estufa que tomaron bajo su protección los primeros que bajaron. Más tímida, ocupaba un asiento en un rincón de la sala, una religiosa venida de Génova con nosotros, aunque en distinto lugar. Su aire, que no

me era desconocido, picaba vivamente mi curiosidad; me acerqué á ella, y me atreví á decirle en italiano:—«Señora, si estuviéramos en Francia yo diría: hé ahí una *Hermana gris*.—Y no os engañais, respondió en buen francés.—¿Cómo os encontráis en un país que no es el vuestro? Y me contestó ella sonriendo:—Las hermanas de la caridad son de todos los países.—Pero no obstante, ¿cómo os encontráis aquí?—Por la voluntad de Dios.» Al punto me acordé de la historia de la fundación *Bisontina* de las hermanas grises. Pronuncié el nombre de la hermana *H. . .* y trabamos completo conocimiento, y ya estuvimos en terreno conocido.

Como frances y como del Condado, supe con el más vivo interés que la rama desprendida del árbol tan vivaz de san Vicente de Paul había producido numerosos ramajes; que las hermanas grises estaban esparcidas en Saboya, Piamonte, Montferrial, en el ducado de Módena, en Nápoles, en Calabria, y que estaban encargadas del hospital militar de Génova. Esta buena religiosa se dirigía á *Vercell* para cumplir una de las tantas numerosas funciones de su instituto. El cuidado de los enfermos y la educación de los hijos del pueblo forman en Francia el doble trabajo de las hermanas de San Vicente; en Italia se agrega además el sostenimiento y cuidado de las salas de asilo y la instrucción de las jóvenes. Este ministerio lo desempeñan en comun con las *Claras* y *Ursulinas*. De estas tres órdenes reunidas recibe la clase acomodada una educación sencilla, pero sólida. En un país en que todo el mundo es artista, se tiene cuidado de fijarse en los justos límites, y poner lo principal ántes que lo accesorio. La locura por la música y las artes de gusto no ha pasado todavía los Alpes: ¡Dios quiera que nunca los pase! . . . sino es para dejarnos á nosotros.

La conversación se había prolongado más de una hora, cuando al sonido de una pequeña campana, que tocaba el *Anjelus*, se levantó la hermana y salió. Todo dormía todavía, pero ya los ángeles de la caridad y de la oración habían vuelto á seguir su santa y útil tarea.

Yo salí á mi vez y visité una parte de la ciudad. Con excepción del Palacio Real, de las iglesias de san Alejandro, de san Lorenzo y del hotel de la ciudad, la antigua *Alexandria stelliatorum* nada ofrece de notable. Por otra parte, al recorrer aquellas calles, la plaza de armas, á donde llegaba al ruido de un tambor de una parte de la guarnición, un recuerdo muy querido me hacía tomar grande interés aun en las cosas más comunes. «En 1811, me decía yo, había aquí, en esta ciudad, entonces francesa, un hermano muy amado; él ha visto estos mismos palacios, ha recorrido estas mismas calles, protegido estas mismas murallas. ¿En dónde está? ¿En dónde sus numerosos compañeros de armas, antiguas glorias de un imperio que ya no existe? Yo veo banderas y uniformes; oigo el ruido del tambor, ¡pero nada de esto es francés!» La larga sucesión de acontecimientos, desenvolviéndose con rapidez, abría un vasto campo á las reflexiones; pero era preciso cortarlas: la señal de la partida se había dado ya.

A las ocho de la mañana dejamos á Alejandría. Al dirigir la vista sobre la vasta llanura que rodea la ciudad, se comprende cómo los soberanos aliados hayan mandado arrasar los trabajos hechos por los franceses. Aquel formidable recinto de fosos y murallas hacia de la Alejandría el baluarte de Francia del lado de Italia y una de las plazas más fuertes de Europa. Pasado el *Tanaro*, nos encontramos en pocos instantes sobre las elevadas riberas del *Bormida*, cuyo nombre se repite á menudo en nuestros fastos militares.

Al salvar aquella especie de torrente de ancho cauce y escarpados bordes, nos preocupaba un gran recuerdo. Repentinamente detiene el conductor los caballos, y nos grita: ¡Ved ahí el campo de batalla de Marengo! A esta palabra nos pusimos en pié, latiéndonos el corazón con fuerza, y abrazamos con una mirada el teatro del combate memorable que vino á cambiar la faz de la Europa, á ilustrar el Consulado y á preparar el Imperio.

Sin ser del arte, se puede sin embargo admirar el genio del gran capitán que ganó la victoria. Era imposible calcular con más precisión y poner más al alcance las circunstancias de tiempo y de lugar. ¡Qué ejército de pensamientos, de recuerdos, de reflexiones, de lecciones de todo género, se presenta ante vosotros cuando atravesáis aquel campo de batalla! Lo ví en globo, y en seguida, conmovido mi corazón, me puse á rezar por todo aquel pueblo de muertos, un ferviente *De profundis*; esta es la flor que deposita el cristiano al pasar por las tumbas de sus hermanos.

Sin embargo, pudimos ver la altura cubierta de viñas, donde sucumbió el bravo Desaix en su triunfo; después el terraplen del cual lanzó Kellerman á galope el grueso de su caballería contra las columnas austriacas, que logró desbaratar y poner en derrota. Dos rasgos que pintan bien el carácter francés, me vinieron entonces á la memoria. El general Bessieres, á la cabeza de los granaderos y de los cazadores de la guardia consular se lanzaba sobre el enemigo; las bayonetas de los franceses y de los austriacos iban á cruzarse, cuando un caballero húngaro, que acababa de caer al suelo, extendió las manos hácia nuestros valientes, rogándoles no lo atropellaran con las patas de sus caballos. Bessieres lo advirtió, y exclama: *Amigos míos, abrid vuestras filas, perdonad á ese des-*

*graciado.* En lo más fuerte de la pelea, el lugarteniente de artillería Conrad, perdió una pierna, que le llevó una bala de cañón; apenas se había caído, cuando se levanta para observar el tiro de su batería. Los artilleros quieren llevárselo; él se opone y les dice: *Servid á vuestra batería, y tened cuidado de apuntar un poco más bajo.*

La llanura de Marengo y de toda la Lombardía, no es, como se ha dicho, bella sino para solo las batallas. Nada de árboles, verjeles, ni setos vivos; pocas viñas, pero por todas partes campos que se pierden de vista, que se prolongan hasta Stradella, pequeña población á la entrada de la ciudad de Parma. Antes de llegar á ella se pasa á Voghera, última ciudad del reino de Cerdeña. El estado mayor del ejército francés había comido allí la víspera de la jornada de Marengo. Aunque nosotros no teníamos batalla que librar, quisimos imitar tan noble ejemplo. A la vista de Napoleon y de sus jenerales, cuyos retratos adornaban un vasto comedor, nos pusimos á la mesa en compañía de algunos lombardos llegados de los Apeninos. Empezamos por trabar conocimiento con un manjar del país, que creo firmemente que no puede ser más que el resultado de combinaciones largo tiempo elaboradas por un congreso ecuménico de alquimistas, de boticarios y de envenenadores. Arroz cocido, queso, fideos, trufas pimentosas cortadas en rebanadas delgadas como hojas de tabaco, y aromatizadas con clavos de especia, aceite, sal y azafran en abundancia: tal es la infernal composición que se nos sirvió á guisa de sopa. Voy á deciros su nombre, á fin de que si alguna vez al pasar por Voghera, os veis amenazados con esta medicina, no perdáis un momento en mandar enganchar los caballos á vuestro coche, y en partir á todo escape. Esta *minestra* se llama *rizzotto*

*alla milanese.* Por lo demás, tranquilizaos, si perdeis ese platillo: los lombardos hacen de él sus delicias; podemos afirmarlo.

Acabada la comida, seguimos nuestro camino á través de aquellos campos de Italia llenos de recuerdos franceses. Conquistada por los soldados de Brenno, la Gaula cisalpina ha vuelto á ver muy frecuentemente á los hijos de los antiguos francos. No hay una colina, un árbol, un torrente ni una aldea de esa tierra tan exactamente llamada por Montaigne *el recreo de los reyes y la tumba de nuestros ejércitos*, que no recuerde algún hecho de armas, algún nombre famoso en nuestros anales militares. Y sin embargo, nunca hemos podido establecer sólidamente nuestra dominación; hoy mismo no poseemos ni una sola pulgada de terreno, y esto á pesar de las simpatías de las poblaciones que estuvieron por nuestra parte y no por la de Austria. Este hecho extraordinario se funda sin duda en la comunidad de origen; pero ¿no parece indicar á la Francia que está llamada á reinar en Italia, de otro modo que por las armas? Que se haga francamente católica, y muy pronto habrá reconquistado en Italia como en Oriente, como en todas partes, el imperio más honroso, el imperio moral. Tal es, no lo olvideis, el glorioso privilegio que el príncipe de las naciones parece haber reservado á la hija mayor de su Iglesia.

Los recuerdos militares seguían ocupando nuestro espíritu, cuando un imprevisto encuentro vino á llamarnos á otro orden de ideas. Al lado de una pequeña colina, sombreada por olmos y moreras, vimos bajando un estrecho sendero á un religioso de san Francisco. Por su vestido de sayal castaño, su larga barba gris, su calva cabeza y sus desnudos piés, le reconocimos por un capuchino. El humilde padre marchaba silencioso y recojido. Con una mano detenía la alforja que pesaba

sobre su espalda ya agobiada, y con la otra se apoyaba en una rama de árbol á guisa de bastón. Pobre voluntario, venia de pedir limosna á sus hermanos los pobres habitantes de los campos. No había pedido en vano según lo anunciaba su carga. Y en cambio del pan que había recibido, había dado con solo su presencia un saludable ejemplo, algunas buenas palabras á la familia, algunos consuelos á los enfermos, y algunas caricias á los niños. Comercio interesante en el cual, el que cree despojarse, recibe más de lo que da; deliciosa armonía, en que el hombre del trabajo y el hombre de la oración se prestan mútuo socorro para llegar al mismo término. Vivientes recuerdos de los siglos de la fé, visiones santas de otra edad, ¡cuán dulces sois para el corazón cristiano! A pesar de la rapidez de nuestra marcha, la noche se acercaba y había cerrado ya cuando llegamos á *Stradella*.

#### 17 DE NOVIEMBRE.

Llegada á Stradella.—La Aduana.—Pasaje del Trebia.—Inscripciones.—Placencia.—Aspecto de la ciudad.—Recuerdos.—Hospital.

Era punto convenido que dormiríamos el 16 en Placencia. Pero el conductor vino á anunciarnos que la aduana que nos había de pasar visita antes de llegar al Trebia, se cerraba á las cinco de la tarde; que así, era imposible el paso aquel día, y que si nos obstinábamos, el menor inconveniente que había era el de vivaquear toda la noche en el camino. Nos fué preciso reconocer como buenas tales razones, y nos propusimos suplicar humildemente á Su Majestad Imperial María Luisa, hoy duquesa de Parma y de Placencia, que ordenase á sus aduaneros el recojerse un poco más tarde.

Bajados al *Real Albergo* de Stradella,